



NUM. 53. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 30 DE DICIEMBRE DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, AÑO IV. un año 7 pesos. — AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



Ambien Austria á su vez comienza á entrar en las vías de los gobiernos constitucionales, y un señor Schmerling, nuevo ministro, ha publicado un programa que no hay mas que pedir. En él ofrece libertad completa de cultos, igualdad de todos ellos ante el Estado, ley electoral para las dietas provinciales, derechos de autonomia á estas dietas y no sabemos cuántas cosas mas, que si se cumplen, serán muy buenas. De la cesion del Véneto á la Italia nada se dice en el programa: al contrario, en el Véneto sigue el general Benedek haciendo sus preparativos de defensa. Francia, Prusia, Inglaterra y Rusia aconsejan á Francisco José la cesion, y esta combinacion es muy bien vista en Italia, acogiéndose en general por los que ven en ella una garantía de que en la próxima primavera no se turbará la paz de Europa. Por eso el folleto francés titulado *Francisco José I y la Europa* ha sido traducido á todas las lenguas europeas. Verdad es que se le atribuye un origen muy elevado, diciéndose que en las Tullerías se han corregido las pruebas, que un secretario del emperador ha llevado al autor la pluma y que el mismo autor ha sido inspirado por el hombre que gobierna la Francia y es hoy el árbitro de los destinos de Europa.

Hasta ahora, sin embargo, Francisco I se hace el sordo ó no entiende de indirectas. La obstinacion y el no entender de indirectas parece ser cualidad de muchos Franciscos. El de Nápoles, por ejemplo, sigue en Gaeta; y aunque el bombardeo por parte de los piemonteses es tan fuerte que en algunos días S. M. ha tenido que refugiarse en un rincón de la fortaleza, todavía continúa la resistencia y aun tiene tiempo para dirigir proclamas y manifiestos á los pueblos de las Dos Sicilias. En el último que ha dado S. M. se lamenta de que un *extranjero* haya invadido su reino que vivia feliz y tranquilo

bajo su paternal dominacion; dice que por evitar la efusion de sangre mandó que se bombardease, pero que no se destruyese á Palermo y salió de su capital; confiesa que en esta ocasion fue débil mostrando por ello cierto arrepentimiento, y promete para lo futuro si Dios le conserva su reino instituciones liberales, muy liberales, parlamento separado para la Sicilia y casi tantas cosas como el ministro austriaco Schmerling. Hasta ahora no se nos dice el efecto que este último manifiesto ha causado en los napolitanos.

Por lo demás, la escuadra francesa, á pesar de todo cuanto se ha dicho, sigue en las aguas de Gaeta haciendo el papel de perro del hortelano. Los condes de Trani y de Trápani, hermanos de Francisco II, van de Gaeta á Roma y de Roma á Gaeta, conferencian hoy con su hermano, mañana con el cardenal Antonelli y siguen activas negociaciones; no se sabe sin embargo el objeto de estas, y por lo mismo no puede adivinarse si serán de alguna utilidad sus idas y venidas.

En cuanto al gobierno romano, dícese que se ocupa en organizar un nuevo ejército; pero es noticia esta que necesita confirmacion. Lo que parece fuera de duda es que se organiza en todo el orbe católico la suscripcion mas ó menos permanente en su favor con el título de el *Dinero de San Pedro*. En España se han dado y siguen dándose para este Dinero de San Pedro cuantiosas limosnas: en Francia la suscripcion progresa, y aun en Irlanda es considerable, lo mismo que en América. En Portugal es donde no parece tan adelantado este asunto, habiendo dado ocasion á un conflicto entre la córte, el gobierno y el nuncio de Su Santidad. Este personaje habia impulsado la suscripcion: pero un dia supo que el ministro de Justicia habia remitido una circular á las autoridades eclesiásticas, prohibiéndoles usar en favor de ella de su influencia moral y diciendo que la suscripcion debia ser enteramente libre y espontánea porque hacer otra cosa seria infringir abiertamente las leyes portuguesas. Cuando el nuncio supo la existencia de esta circular acudió al gobierno, y no recibiendo contestacion satisfactoria, quiso tener una conferencia con el rey. Lo que pasó con S. M. D. Pedro V. lo cuenta el nuncio en una comunicacion dirigida al cardenal Antonelli: esta comunicacion con otras muchas fue sustraída de la secretaría de Estado por un empleado que se pasó á los piemonteses; publicóse por consiguiente en los periódicos de Florencia y de ellos la tomaron en Portugal. Ahora bien, en ella decia el nuncio que habiéndose presentado al rey, este se mostró sorprendido y manifestó que la circular del ministro

de Justicia se habia espedido sin su anuencia y contra su voluntad, añadiendo que todo se remediaria.

Al ver la prensa portuguesa de este modo comprometido el crédito del rey constitucional y del gobierno, ha negado la certeza de los hechos alegados por el nuncio, y algunos periódicos han llegado á proponer su espulsion diciendo que ha ofendido al rey y al gobierno. Todo esto no ha sido muy favorable al aumento del Dinero de San Pedro y por otra parte Portugal es un país pobre.

Nada nuevo de China ni de Siria. Pero en toda España estamos en plena inundacion; los rios han salido de madre: en la Mancha, donde el vino vale menos que el agua, se han anegado algunos molinos, y los habitantes han tenido que refugiarse en los tejados: el ferro-carril del Mediterráneo ha padecido mucho, verdad es que está algo achacoso. Sesenta dias hará pronto con sesenta noches que no deja de llover, de modo que llevamos mas tiempo que duró el Diluvio Universal. Afortunadamente el mar no ha roto todavía sus diques; pero de todos modos los habitantes del interior comprenden ya la necesidad de tener una buena marina, y hay capitalistas que se inclinan á comprar el *Great Eastern* ó sea el buque monstruo de los ingleses, para salvar en un caso apurado sus capitales. El Darro y el Genil se han echado por esos trigos: el Jarama se mete por las vegas como por viña vendimiada; el Tajo se entra por todo Aranjuez con ímpetu infernal, sin cuidarse de si despertará ó no á Filis; y el humilde Manzanares se ha ensoberbecido estos dias, y viene haciendo mas ruido que un programa: los programas y las inundaciones del Manzanares son ya célebres. La Puerta del Sol se ha convertido en puerto, y no de salvacion ciertamente: se trata de colocar en el Principal algunos botes salvavidas, y varios hacendistas proponen que este sitio sea declarado aduana marítima de primera clase.

No hay que decir que con estas lluvias se aguaron las funciones de Noche-Buena, á lo menos en sus grandes manifestaciones exteriores. Sin embargo, el hogar ganó lo que perdieron las calles, y ganaron los teatros y otras reuniones bajo techado.

El *Príncipe* ya, desde el último dia de la semana anterior, habia dado un buen drama que se ha seguido representando hasta ahora. Hablamos del *Duelo á muerte*, original del señor García Gutierrez. Este drama es de lo mejor que hemos visto hace años: hay en él magníficos versos, elevados pensamientos, toques delicadísimos, que revelan al gran poeta. No es sin embargo de lo mejor que ha hecho su autor: hay algun personaje enteramente

estraño al argumento y que sobra completamente; y el desenlace, demasiado violento, está poco preparado y justificado.

En el mismo teatro se han estrenado dos arreglos con el título de *Mr. Boliche y compañía* y el *Califa de la calle Mayor*, de los cuales no hay que decir sino que son piezas de circunstancias pascales.

La *Hija del pueblo*, representada en la Zarzuela, tiene muy buenas piezas de canto y el libreto está escrito con gracia. El argumento, sin ser gran cosa, está exento de los graves defectos que en otras obras de este género hemos notado. Había materia en él para una obra en tres actos; por eso el segundo, donde se precipita la conclusión, nos pareció peor que el primero. El primero es sobresaliente.

En Novedades se han exhibido *Los pastores de Betlen*, cosa que se ha creído muy á propósito para estas noches. Su autor ha dispuesto varios cuadros, algunos de los cuales aisladamente tienen mérito, pero el conjunto es informe y decididamente malo.

El drama *La Pecadora*, arreglo del señor Belza, representado también en este teatro, fue aplaudido y habría llamado más la atención donde el desempeño hubiera sido más esmerado.

En el Circo se ha representado la zarzuela *El Paraíso en Madrid*. Este paraíso no se parece en nada al que perdieron nuestros primeros padres.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ESPOSICION DE BELLAS ARTES (1).

XIII.

Al tocar el término de nuestro trabajo, y antes de cerrar, digámoslo así, séanos permitido hablar aunque brevemente, de las obras de grabado en acero y madera, que se han presentado en esta Exposición.

Escasos, muy escasos son en verdad, el número de espositores de esta clase de obras, y tanto más de notar es esto, cuanto que debían ser, por su índole especial las que más abundasen, caso que nos hallásemos, en cuanto al grabado, á la envidiable altura á que han llegado ya otras naciones más afortunadas que nosotros.

No es ciertamente que no hayamos hecho en esto como en todo, un notable esfuerzo, negar tan gran verdad, sería negar la luz, pero de esto á lo que es necesario que lleguemos, hay alguna distancia. Tenemos, es cierto, aventajados artistas que pueden sostener competencia con los más celebrados del extranjero; en los grabados en madera hemos ido tan allá, como el estado actual de esta clase de trabajos en las naciones más adelantadas lo permiten, pero nos faltan, sin embargo, mayor número de artistas, esto es la verdad.

El grabado en acero ha sido mirado hasta aquí como el más notable y el más difícil: en nuestra patria, como en Italia y Alemania, no faltaron insignes pintores que manejasen el buril; el inmortal Rivera y no ha mucho nuestro celebrado Goya, nos dejaron hermosas estampas grabadas al agua fuerte, que en nada desmerecen de las de los más insignes grabadores. Empezó el grabado en dulce en nuestra patria, hacia el siglo XVI, floreciendo en su segunda mitad el insigne Arfe Villafañe, Juan de Diesa, el maestro Diego y otros; siguió nuestro Rivera, que resume en sí todo lo notable grabado en acero durante el siglo XVII, así como el infatigable Palomino, reasumió también lo mejor que produjo la primera mitad del siglo XVIII, y en el reinado del insigne Carlos III, que tan próspero fue para las bellas artes españolas, florecieron los Selmas y Carmonas, que son, digámoslo así, los que con Goya y más tarde Esteve, cierran el más floreciente período del grabado en España.

Como digno heredero de estas glorias, contamos hoy al señor Martínez, que contra lo que teníamos derecho á esperar de él, presentó muy pocas obras; ellas, sin embargo, le levantan á la altura á que ha sabido elevarse, gracias á su indisputable talento. Necesario era, sin embargo, que hiciese algún esfuerzo, y presentase alguna obra verdaderamente notable; el grabado en acero está bastante descuidado en nuestra patria, y se necesita levantarlo, hoy en que parece que la litografía y más aun la fotografía, le amenazan con ocupar su puesto. Presentó este distinguido grabador dos láminas, una marcada con el número 291, que representa la *sillería del coro de la catedral de Toledo*, y otra número 292, la *Concepción de Murillo*, obras de las cuales vamos á ocuparnos. No es ciertamente la primera de estas estampas lo que más campo podía presentar para lucirse el grabador, pues en el género de grabados como el que nos ocupa, solo se necesita facilidad y gusto para dar pureza á las líneas, y sin embargo, el señor Martínez nos ha presentado un bello grabado. El que representa la *Concepción de Murillo*, tiene todo el efecto de un buen grabado, está en carácter, tiene buen tono, y se halla bastante bien comprendido. Sin embargo, á pesar del mérito de ambas láminas, séanos permitido consignar aquí nuestro

deseo, de que el señor Martínez, presentase alguna obra toda á buril, que es donde se lucen los buenos grabadores, y en donde dan á conocer su habilidad y conocimiento para semejante clase de obras. Por lo demás, los adelantos del siglo permiti en hacer mucho y más fácilmente; en esta última estampa, ha empleado en la mayor parte de ella el agua fuerte y lo que llaman nuestros vecinos *maniere noire*, y no es esto lo que tenemos derecho á esperar de un artista como el señor Martínez.

Otro grabador, el señor Pi Margall, presentó también dos grabados, entre los que sobresale el que titula: *Detalles del salón de la casa llamada de Mesa, en Toledo*. Conocíamos ya á este artista por su edición de Flaxman, y podemos asegurar, que aquel grabado, es de lo bueno que hay en asuntos de arquitectura, pues está hecho con pureza, conciencia y delicadeza suma.

No podemos decir lo mismo de los grabados presentados por el señor Alabern. Hállanse estos hechos á trozos desiguales y presentan un todo sucio, no siendo además esta clase de obras de gran mérito para ningún grabador por ser solo de contornos. El valor de estos grabados consiste en hallarse en carácter; en Francia se hicieron muchos y muy notables por esta cualidad, pero el señor Alabern, que cuenta sin duda alguna con mejores deseos, que tal vez dotes necesarias para llevarlos á cabo, nos hizo contornos sin sombras y las figuras están mal dibujadas. Sin embargo, los esfuerzos de este artista por dar á conocer por medio del grabado las mejores obras de nuestros pintores, son dignos de elogio, y solo puede lamentarse aquí con razón, que los resultados no correspondan á los esfuerzos.

Entre los demás espositores de grabado en acero, los hay como los señores Roselló, Tarazona y Navarrete que presentaron grabados del San Bruno de Carducci, hecho á media mancha, que son medianos aunque de poco efecto. Distínguese, sin embargo, entre ellos, el del señor Navarrete, pues se advierte un buen dibujo, y aunque en el grabado no esté á la misma altura, creemos que puede esperarse algo de este joven artista.

El grabado en madera ha adelantado demasiado en nuestra patria, para que no nos detengamos á examinar algunas de las más notables obras de esta clase presentadas en esta Exposición. Pocos años hace, esta clase de grabados, que á tan grande altura llegaron, en especial en Francia é Inglaterra, se hallaban en una triste decadencia, pero habiendo entrado el comercio de libros en una época de verdadero desarrollo, alcanzó también al grabado en madera, que empieza entre nosotros á levantarse de su postración y decaimiento. Esta clase de trabajos tienen que seguir el mismo camino que el comercio de libros, si este prospera ellos prosperarán á su vez, puesto que las obras ilustradas que con tan buen éxito y sobrepajando á todas las esperanzas se están llevando á cabo por algunos, en nuestra patria, fueron las que contribuyeron á levantar el arte de grabado en madera á una verdadera altura, y EL MUSEO UNIVERSAL es una prueba elocuente de este aserto.

Sin temor de que nadie diga lo contrario, puede asegurarse que nuestro periódico es el que más esfuerzo hizo y está haciendo por levantar el grabado en madera al floreciente estado en que se halla en otros países, y nada hace más evidente esta verdad, como el ver que las pruebas presentadas por los espositores de esta clase de obras, eran si no todas, en su mayor parte, grabados hechos para EL MUSEO UNIVERSAL y que por lo mismo en él vieron la luz pública.

Los señores Capuz, Rico, Severini y Noguerras, cuyos trabajos tan conocidos son de nuestros lectores, han sido los únicos que presentaron pruebas de grabados en madera. Examinemos sus obras, no una por una, porque no lo permite ni la índole de ellas, ni la de nuestro trabajo, sino en conjunto, apreciando en su valor las dotes que distinguen á cada uno de estos artistas.

Nótase desde luego, examinando los grabados del señor Capuz, y comparándolos con los de los demás espositores de este género, que comprende mejor que ninguno el materialismo del grabado, que tiene buen gusto en la dirección de las líneas, pero que es un tanto amanerado, defecto que es necesario trate de evitar en lo sucesivo; y en los del señor Rico, que descuida algún tanto lo material del grabado, cualidad, que como hemos dicho, ya distingue al señor Capuz, pero que en cambio se echa de ver en sus grabados, que él posee mejor que ninguno el dibujo, y que por lo mismo, siempre serán sus grabados dignos de la estimación en que se les tienen. El señor Severini tiene otras cualidades no menos estimables, pues sujetándose á las líneas trazadas en el dibujo, deja este en carácter y tal como sale de las manos del dibujante, cualidad bien estimable por cierto, pues deja conocer en toda su verdad y pureza los dibujos. Antes de concluir queremos mencionar aquí al señor Noguerras, cuyos grabados nos dan á conocer á un joven, que si se dedica con fe y entusiasmo al arte que profesa, puede llegar á ser un buen grabador, particularmente en el género de paisaje.

XIV.

Aquí concluímos nuestro trabajo.

Cuando recorremos uno y otro día los salones de la Exposición, cuando nos detenemos delante de algunas de las obras presentadas por ciertos jóvenes artistas, cuyo porvenir será sin duda alguna brillante, no podemos me-

nos de creer que el arte español, pronto volverá á entrar en un nuevo período de desarrollo y grandeza.

No hay nadie que no haya augurado lo mismo y no haya creído en un próximo renacimiento de las bellas artes en nuestra patria.

Abandonados á sí mismos, luchando con la indiferencia y positivismo de nuestro siglo, nuestros jóvenes artistas consagraron sus mejores días, al estudio del arte, para levantar su sacerdocio de la triste postración á que había llegado ya. Los esfuerzos de algunos gobiernos vinieron á alentarles en su solitario camino, las exposiciones que hasta hace poco no eran nada, ni nada significaban en la esfera del arte, vieron animarse; presentáronse multitud de cuadros, y si bien en su mayor parte no con las necesarias condiciones, ofrecían sin embargo un elocuente contraste con las que las habían precedido, frías é inútiles.

Las tres exposiciones que desde 1856 tuvieron lugar, han hecho mucho en favor del moderno arte español; jóvenes ignorados, salieron de su oscuridad, y sus obras les consiguieron un puesto distinguido entre los modernos artistas. Un esfuerzo más, y no faltará sin duda alguna, quien venga á hacer verdad, uno, para nosotros verdadero axioma, puesto que creemos que es el talento a tístico una cualidad inseparable de nuestra raza.

Francia, esa nación que á tan grande altura llegó en nuestro siglo, cuenta entre sus hijos más notables á grandes artistas. Al mismo tiempo que los Chateaubriand, los Lamartine, Balzac, Victor Hugo, Sand y tantos otros ilustres poetas, brotaron los Vernet, Delaroche, David d'Angers, Ingres, Bonheure y otros ilustres artistas que levantaron el nombre francés á una envidiable altura. Bastaba allí el grado de esplendor y riqueza que alcanzó aquella nación, para que las artes pudiesen vivir y florecer; sin embargo, el gobierno les tendió su mano protectora. El Museo histórico nacional, formado allí con cuadros y estatuas de artistas contemporáneos, es un aliciente poderoso para el joven artista. Allí tiene el templo, allí la gloria, al mismo tiempo que un espléndido comprador: no se necesita más, sino que el artista lo sea, que el artista haya logrado vencer las dificultades del asunto que se hubiese propuesto, que lo hubiese comprendido, que hubiese hecho en fin una obra digna de aquel templo levantado en honor del moderno arte francés.

¿Por qué nosotros no hemos de seguir en esto el notable y elocuente ejemplo de la Francia? En nuestra patria el arte no alcanza á librar al artista de lo que podemos llamar pequeñas miserias de la vida, y esta no es más para ellos que un lento é interminable sacrificio. Cerrados los conventos, no habiéndose creado entre nosotros las grandes riquezas, no siendo general el conocimiento del arte y de sus buenas obras, este, sin la bienhechora protección del gobierno, no hará más que vegetar y languidecer á la sombra de un criminal olvido. Nuestros jóvenes artistas verán consumirse sus mejores días en el olvido y la miseria, y el arte español no logrará levantarse á aquella altura á que está llamado por su historia y por la índole especial de nuestra raza.

Hoy el gobierno compra ya los mejores cuadros que se presentan en las exposiciones, y si bien esto es algo, no es sin embargo lo bastante.

Al artista le conviene sin duda alguna no pasar ninguna vida amarga y de privaciones, y á esto, subvienen los gobiernos que premian y compran los cuadros premiados, pero el artista, el verdadero artista aspira á algo más noble y más digno, aspira á la gloria, y esta nunca será completa para él, cuando su cuadro después del primero y podemos decir también efímero triunfo, sea arrojado sin piedad en el más oscuro departamento de un ministerio. Esto es la verdad.

¿Cómo se obviaría este inconveniente? ¿Qué medio más á propósito puede poner en práctica nuestro gobierno para levantar nuestro moderno arte á la altura á que sin duda alguna está llamado á llegar? Uno hay, fácil y hacedero; la construcción de un Museo nacional, en donde las obras de nuestros jóvenes artistas tengan un lugar señalado. Hé aquí todo.

Las exposiciones utilísimas bajo todos conceptos, y bien lo demostraron las tres últimas que tuvieron lugar en el Ministerio de Fomento, son el principio. El complemento, el fin digno, decoroso para nuestra patria y halagador para nuestros artistas, es sin duda alguna la creación de un Museo nacional. El día que se llevase á cabo tan útil pensamiento, si que se diría con justicia que nuestros gobiernos habían hecho algo por el próspero y glorioso desarrollo del arte en España.

LOS AGUINALDOS EN EL SIGLO XIX

Y EN LA ANTIGÜEDAD.

¿Sabeis lo que son los aguinaldos hoy día, comprendéis todo el horror que causan al bolsillo del hombre indefenso, del hombre que por su posición social, por su carácter ó por su bienaventuranza en este mundo no se halla al nivel de los que los solicitan, ó mejor dicho, los exigen?

Por demás está explicar en qué consiste este despojo más ó menos galante de mayor ó menor cantidad de dinero, que se pide por pedir aguinaldo. Porque lo cierto

(1) Véanse los números 43, 44, 46, 48, 49, 50, 51 y 52.

es que no hay razon alguna para pedirle. Si tú me prestas algun servicio durante el año, á buen seguro que no me le prestas por el futuro aguinaldo.

Todo se hace, todo se paga en este mundo, pero nada se hace de balde para lograr el aguinaldo.

Al contrario, este es el que se da de balde, el aguinaldo es el extraordinario, la paga, el obsequio, la amabilidad de *plus*, y si es de *plus*, esto es, si está demás, entonces ¿á qué exigirle?

¡Desgraciados tiempos estos en que vivimos, en que no se felicitan las Pascuas sino pidiendo dinero! ¡De qué aprovechan felicitaciones pagadas!

Y aun gracias que os feliciten, porque ¿quién no ha recibido en semejantes dias tarjetas y poesias en que se lee... *el aprendiz de la imprenta tal solicita á usted las Pascuas...*; *los aprendices de tal maestro carpintero solicitan á usted las Pascuas...*; y todo es solicitar, olvidándose la felicitacion en el tintero...

Esta es la prueba palmaria del delito. No hay felicitaciones.

Lo que hay son solicitudes, esto es, no importa que usted no pase felices fiestas con salud, con alegría, con tranquilidad domésticas, ¡*el cartero solicita las Pascuas!* no importa que usted se halle en el lecho del dolor sin esperanza de sentarse á la mesa para conversar mano á mano con un suculento pavo, ¡*el repartidor solicita las Pascuas!* no importa que una calaverada de sus hijos ó una pérdida en la bolsa, le deje á usted arruinado, teniendo que contentarse con una racion de vista en los escaparates de la Dulce Alianza; ¡*el sereno del comercio solicita las Pascuas!* no importa que usted viva en un quinto-cuarto para economizar lo que convenga á sus intereses; *la murga solicita las Pascuas...*

Y adviértase que repartidores y serenos, y murgas, y carteros, y aprendices, y criados, y porteros, y aguadores, y demonios, todos, si cumplen con su obligacion, es porque les pagan por ella, y no tienen el menor derecho al aguinaldo.

¡Cuánto puede la fuerza de la costumbre!

Ya se ve, los señores romanos, que nos dejaron otras muchas cosas de muy mal gusto, tuvieron la mala intencion de dejarnos los aguinaldos.

Remóntase, en efecto, la costumbre de los aguinaldos, nada menos que á la misma fundacion de Roma. Antojósele un dia al señor don Rómulo de regalar ciertos ramos cortados en un bosque consagrado á *Strenua*, diosa de la Industria, al rey de los sabinos, y este otro señor, que no dejaba de ser muy hobalicon, por lo visto, consideró el regalo como buen agüero del año que principiaba. Aquí tienen ustedes el origen de las *estrenas*, llamadas despues *aguinaldos*. La fiesta de la diosa *Strenua* se hacia en el primer dia del año, y los romanos tomaron la costumbre de felicitar mutuamente enviándose frutas, dulces y otros regalos agradables. Los clientes presentaban *aguinaldos* á sus patronos, los senadores al mismo emperador, llegando á tal exceso los de los últimos, que Claudio los prohibió, y desde entonces solo se hicieron entre el pueblo. Los Concilios declamaron para abolir esta costumbre, rastro del paganismo, pero la Iglesia permitió despues las *estrenas* solo en prueba de afecto y amor entre los parientes y amigos. Pero ¿qué amor podré tener yo al aguador de mi casa para que me vea obligado á darle aguinaldo?...

Deduzcamos de todo lo dicho que los aguinaldos son hoy, tal como se comprenden, un abuso á que su preclaro fundador, el fundador de Roma, no creia llegase cuando envié el primer aguinaldo conocido en el mundo al rey de los sabinos.

¡Malhadado aguinaldo!

**

UNA PEREGRINACION A MONSERRAT (1).

PIADOSAS LEYENDAS.—EL MONASTERIO.—RESEÑA HISTÓRICO-DESCRIPTIVA.

(CONCLUSION.)

V.

La propia diligencia y grandiosidad siguieron en el siglo XVIII, dando por fruto la nueva escalera que conducia á la Biblioteca, la restauracion del Noviciado en el año 1726, la grande hospedería de pobres en 1730, el regio embaldosado de la iglesia, todo de mármoles genoveses, blancos y negros, formando bellos dibujos, que se concluyó en el decenio de 1730 á 1740; y aquellos famosos bancos donde se veía entallada la historia del ermitaño Garin, con unos púlpitos de igual primor, hechura del año 1741.

Urgiendo ya la reedificacion del monasterio sobre un plan uniforme y adecuado á la suntuosidad de lo demás, toda vez que la obra vieja, formada en secciones heterogéneas, carecia de carácter y daba pocas garantías de estabilidad, resolvióse y emprendióse desde luego tamaña mejora, echando la primera piedra el dia 14 de setiembre de 1755.

No es para esplicada la arrogancia de este alcázar monacal, postrera maravilla de Monserrat, cuya enorme mole, unida á la no menos vasta de la iglesia, deja mudo

al viajero que contempla esa obra asombrosa en mitad de aquel desierto. Uno y otro cuerpo de edificio tienen ocho pisos de elevacion, sin contar los recios estribos donde se alianzan, no bajando el grueso de sus paredes de catorce palmos por término medio, y de veinte y dos los cimientos. El convento, que es el mas avanzado, proyecta dos alas de habitaciones alrededor del zaguán ó claustro que precede á la iglesia. Esta, ademas de comprender la anchurosa nave, sustenta dobles filas de celdillas y corredores que van siguiendo la línea de sus naves ó capillas laterales. Como trabajo de arte nada suponen, siendo por demás sencillos, sin pormenores que caractericen un estilo, habiéndose construido en época del peor gusto; en cambio hácenles superiores á todo encarecimiento su magnificencia y solidez, tanto mas reparable, cuanto que los materiales todos, sillares, maderos, y hasta la cal y arena, debieron traerse de considerable distancia.

¿Y el siglo XIX qué recuerdos va dejando en Monserrat? ¿qué obra estúpida debe el venerable santuario á la ilustracion de nuestros dias?

¡Ah! venid con nosotros: rodeemos la cerca exterior, y lleguémonos al portalon de Oeste que da ingreso al monasterio. Sobre un pradecillo que delante se hace, algunos mozalvetes de buen humor solózanse en esparcir el agua del depósito allí construido desde 1780, hermoso punto de reunion conocido por la *Fuente de los monges*, donde solian estos reunirse en las horas de recreo, para conversar finos y amables con toda clase de personas.

Lo primero que se ve es un plano ascendente formando calle, entre casuchas aportilladas á la derecha, y un largo terraplen á la izquierda. Sobre este elévanse la casa de peregrinos, ahora fonda, y el añejo meson, con la tienda de comestibles, convertido al presente en mayor-domia y alojamientos.

¡Qué de generaciones han cruzado este mismo sitio! ¡Cuántas personas, desde lo mas elevado á lo mas humilde, desde reyes, pontífices, caballeros y nobles damas, hasta villanos, mendigos, lisiados y penitentes, han recorrido este callejon, unos cabalgando en briosos corceles ó conducidos en literas de gran valia, otros á pié y descalzos, á veces de hinojos, otras arrastrándose vestidos de zamarras, ciñendo sogas, cargados de cruces y cadenas! Por aquí, ya en 1201, subió doña Leonor de Aragon, la primera reina que visitando á Nuestra Señora, concibió la santa idea de fundar una cofradía bajo su patrocinio; por aquí el rey don Pedro el Grande, al prevenirse en 1279 contra la invasion francesa, vino á implorar de María la bendicion de sus armas. Subieron en 1294, á manera de sencillos peregrinos, don Jaime II y su esposa doña Blanca; mas adelante don Pedro IV, por dos veces; doña Violante, mujer de don Juan I, descalza y llevando una antorcha en la mano; don Fernando el de Antequera; don Alonso IV; don Juan II y su esposa; los Reyes Católicos, especialísimos devotos de Nuestra Señora; el emperador Carlos V que estuvo en Monserrat nueve veces; y todos los demás reyes sus sucesores hasta hoy, inclusa la reina doña Isabel II, que acaba de verificarlo acompañada de su augusto esposo y real familia, y gran número de personajes, autoridades y gentes de toda Cataluña. Por el mismo lugar subieron á su vez, San Juan de Mata y el egregio fundador de la orden mercenaria, en el siglo XIII; San Vicente Ferrer y el papa Benedicto XIII, en el XV; San Ignacio de Loyola, el guerrero convertido en santo á los piés de Nuestra Señora, y algunos otros del siglo XVI, como Luis de Gonzaga, Francisco de Borja, Raimundo Lulio, Salvador de Horta, sin olvidar la hija de Maximiliano II, despues sor Margarita de la Cruz, princesa que hiriéndose el casto seno delante de Nuestra Señora de Monserrat, con la sangre de su corazon hizo voto de consagrarse en un encierro á servirla toda la vida.

¡Pero qué tristes reflexiones se nos ocurren al considerar las antiguas grandezas, al comparar la piedad y edificacion de tan insignes varones, los cuales en humillacion profunda se abismaban ante la magnificencia del santuario, con la petulante seguridad de muchos que hoy frecuentan aquel sitio, llevados solo de una curiosidad liviana, mirando impasibles, sino en son de rechifla, el lamentable cuadro de su actual degradacion! ¡Pues qué! ¿nada dicen al alma tantas imágenes por el suelo, tantas bóvedas ahumadas, tantas paredes que se desmoronan, llorando por sus grietas el agua que se infiltra á consecuencia de su abandono? ¿Nada dicen esos peñascos cuya arrogante inmovilidad en medio de esas ruinas, parece un sarcasmo vivo contra la pequeñez de las obras del hombre?

Sigamos adelante. Hé aquí al extremo de dicha calle, una manzana de paredones, en cuya mitad ábrese redonda y airosa una cimbra del siglo XV, cobijada por la hornacina que ceñiría entre sus góticos florones alguna piadosa imagen. Delante, y al pié de las rocas que cierran este pasadizo, véanse aun bajo los restos de la que fue cárcel señorial, las ruinas de la gran cisterna que servia al convento de inagotable reserva. Detrás, véanse solo fragmentos de arcos, trozos de bóvedas, balcones caidos, un matorral de abrojos y zarzas, cubriendo una montaña de escombros.

Pero si lo que vemos entristece, lo que sigue arranca lágrimas de profundo dolor: á nuestros piés, formando simétricas líneas de adoquines, estiéndose un pavimento rectangular, que tiene en el centro un brocal y pila gó-

nicos, y á su derecha ó sea al Norte, una lonja ojival, compuesta de seis arcos, con esbeltas columnillas y labrados capiteles, sosteniendo otra galería análoga aunque mas rebajada, adornada de rosetones en los antepechos y de canalones en la bovedilla. Al dorso de esta construccion airosa, asoma una fachadita del renacimiento, que ofrece tres hileras de ventanas, algunas treboladas, y en los flancos unos pilarcillos en torzal, los cuales suben hasta reunirse con la cornisa, corriendo en alero por todo lo alto. Esa lonja y esa fachada son los únicos restos del claustro y del convento viejos; el primero obra de Julian de la Róvere, como lo evidencian sus armas puestas en cada pilar, labrado por los maestros Jaime Alfon y Pedro Basset, de Barcelona, quienes cobraron 8,000 rs. en pago de su trabajo, amen del sustento para sí y sus oficiales, y el segundo dirigido por el abad Cisneros en 1500, segun hemos dicho en su lugar.

Otro resto hay aun mas precioso. En la desnuda pared que formaba el ala oriental del claustro, véase una portada de gran sencillez en conjunto; pero lleguémonos cerca, y podremos observar un raro dechado del primitivo arte monumental. ¡Cuánto lo han menoscabado la injuria del tiempo y la incuria de los hombres! Sus molduras apenas se marcan; alguno de los capiteles ha desaparecido; las impostas están melladas: con todo, distingúense perfectamente tres bocelos concéntricos, alternados de estrias, recamados de grecas, el primero cubierto de follaje y relieves, representando los Siete Gozos, otro tachonado de clavos y prismas, y el tercero á guisa de cilindro ensortijado, con alternacion de violetas. La imposta descansa sobre dentellones en un friso de acantos que sigue la línea del plinto y de los capiteles, recomendándose aquel y estos por su ornamentacion prolíja de monstruos, quimera, caprichos y mascarones. A entrambos lados del arco resaltan dos grupos simbólicos, uno como de leon sujetado por un mancebo que en él cabalga—tal vez el Leon fuerte ó el Nuevo Sanson de la Escritura,—y el otro tambien como leon en acto de morder una serpiente enroscada, con femenil cabeza—aludiendo al triunfo de María sobre el diablo ó el pecado. Inútil es decir que esta joya arqueológica, que consideramos cuando menos del siglo XII, formaba parte de la basilica primera, trayendo origen quizá de aquel mismo templo erigido por el conde Vifredo y servido por su hija *la degollada*. ¡Qué libro tan elocuente en cuatro piedras carcomidas!...

El interior de la misma basilica debía parecerse mucho al de Santa Cecilia: una simple bóveda de cañon afirmada sobre machones y acabando en ábsides redondeadas, mas adelante como dos naves para capillas altas y bajas, cuyas entradas pueden aun observarse en el antedicho lienzo de pared, bien asi como una ojiva gótica que abria al coro, encima de la portada bizantina. Toda esta fábrica, aun despues de sus incrementos sucesivos, alcanzaba apenas veinte y cinco pasos de estension, pues á esa distancia hay fijada en los arcos del claustro moderno una inscripcion que dice: «Aquí estuvo la santa imagen de Nuestra Señora setecientos y once años, y de aquí fue trasladada á la iglesia nueva, á once de julio, año de mil quinientos y noventa y nueve, estando presente el católico rey de España Felipe III.»

¿Subsana siquiera la nueva obra las pérdidas que acabamos de lamentar? Avancemos por el descuberto que le sirve de plaza; alcemos la vista; ¡pero gran Dios! ¿otra vez paredes en el aire, arcos sin asiento, aberturas sin fondo? ¿Dónde está la gran porteria que se emprendió en 1698; dónde aquella gran escalera que asombraba á los inteligentes, y la de la biblioteca concluida en 1726? ¿Dónde aquel sorprendente vestíbulo todo colgado de donativos y trofeos, ex-votos y raras pinturas, entre ellas el retablo de Garin y un cuadro, regalo de don Martin de Aragon (1396) que le figuraba con sus capitanes; aquel vestíbulo á cuyo aspecto, Sandoval el historiador, no pudo menos de esclamar: «Hay en esta santa casa tantas señales diversas, pinturas, bustos de cera, palo y tablas de milagros que la gloriosa Virgen María de Monserrat ha hecho, que no hay hombre que viéndolo no se admire y espante notablemente?»

Hubo un dia, dia de acerba recordacion para Monserrat, en que huestes traidoras á España, ansiando quizá vengarse del descalabro sufrido en el Bruch, llevaron hasta el amado desierto la tea incendiaria que paseaban por todos los pueblos y ciudades de Cataluña. Cual hordas salvajes cebáronse en la casa del Señor; inmolaron á sus ministros; saquearon el tesoro de la Virgen; y no bastando el hierro y el fuego para su saña asoladora, volaron el convento con barriles y minas de pólvora! Hé aquí lo que debe el monasterio á la propaganda civilizadora del siglo XIX.

Tambien algunos hijos de Cataluña quisieron dejar en Monserrat huellas afflictivas de su progreso; tambien hay otra fecha que los coetáneos recordamos con dolor, en la cual un puñado de malévolos no dudó llenar de sangre y esterminio la morada de la paz y la oracion. Y Nuestra Señora volvió á quedar huérfana; y su casa, no bien recobrada, se vistió de nuevo luto! ¡Milagro es que despues de tantos sacudimientos quede algo todavía!

Afortunadamente el claustro y la iglesia no se resinieron como pudiera creerse, gracias á su excesiva solidez. Sin recomendarse uno y otra especialmente, ambos respiran aquella holgada gravedad peculiar de las cons-

(1) Véase los números 10, 47 y 52.

trucciones monásticas que reconocian por tipo generador el Escorial. Varios sepulcros con estatuas echadas, figurando guerreros y obispos de los siglos XIII y XIV, que adornaban la iglesia vieja, hallanse ahora colocados en el pasillo que guia al claustro y en las esquinas inmediatas, donde se tuvo el buen pensamiento de fijar lápidas suel-

Sin embargo, viven aun sugetos que han podido admirar por sus ojos y suspenderse contemplando la maravilla de esta basilica, segun se hallaba antes de su profanacion, «toda dorada, toda regia, toda con proporcion y simetria» conforme dice el ingenuo cronista Serra y Portius. Representémos, en efecto, esas paredes y

blancas y matizadas, al través de las cuales brillaban ricos altares de profusa entalladura, segun el gusto plateresco; figurémos la arrogante verja que cerraba el presbiterio, con sus pedestales y sobrepuestos de metal dorado; las setenta y cuatro lámparas que ardian sin cesar colocadas en tres hileras, todas de plata, incluidas dos que alumbraban de cerca á la Virgen, regalo de Felipe II y Felipe IV, otra que pesaba ocho arrobas, ofrenda del gran duque de Toscana, una en figura de nave, cuyo peso era de cinco arrobas, dádiva de la marquesa de Castelrodrigo; y finalmente la primorosa araña que regaló el landgrave Jorge de Hess, Darmstadt, en la cual el cristal y la plata alternan con hermosa combinacion. Figurémosnos asimismo en vez de la pobre mesa y sagrario, de los angelones y pésimos bultos que por falta de otra cosa llenan ahora el vacío del altar, aquel retablo que costó el piadoso Felipe en 30,000 ducados, aquella ara larga de diez y siete palmos sobre la que es-tribaban cinco gradas de plata maciza, sosteniendo el precioso tabernáculo en cuya restauracion el año de 1722 se consumieron setecientos y pico de onzas de dicho metal. Y si de la iglesia pasamos á la sacristía, figurémosla asimismo con toda su riqueza antigua, como archivo que era del tesoro de la Virgen; si subiendo reverentes á besar la mano de la celestial Princesa, nos representamos esta santísima imagen, ocupando el valioso trono de plata, digna alhaja de la grandeza de sus donadores, luciendo las muchas galas que á porfia le tributaban la devocion y la gratitud, los ropones de sirgo y brocado y los mantos de encaje y tisú, los collares y brazaletes de pedrería, las coronas de oro y diamantes, una sola de las cuales reunia mil ciento veinte y cuatro, con mil ochocientas perlas, treinta y ocho esmeraldas, veinte y un zafiros



Esto es ya un horror! ¡aquí no hay leyes!
¡pero no daré un cuarto el año entrante
si muero un mes siquiera antes de Reyes!

tas y otras curiosidades mas ó menos antiguas. En los arcos vecinos pusieron dos leyendas alusivas á San Pedro Nolasco y San Ignacio, que dicen asi: la de la izquierda: «Hic S. Petrus Nolasco, voto visitandi B. B. Virginem se exolvit, ubi crebro diuque orans, primos ignes condendæ religionis hausit; cui postea gratissima Virgo Barcinonæ apparens, ordinem instituit, anno 1218.» La de la derecha: «B. Ignatius á Loyola hic multa prece fletuque, Deo se Virginiq; devovit; hic tamquam armis spiritualibus sacco se muniens, pernoctavit; hinc ad societatem Jesu fundandam prodiit, anno MDXXII.—Laurentius Nieto abbas, dicavit anno 1603.»

Pero hora es ya de que entremos en la iglesia, echando de paso una ojeada al frontis compuesto de un cuerpo algo saliente de dos estados, con seis columnas, cornisas, tablamientos y cascarones, ostentando un bajo-relieve de Nuestra Señora, y doce pequeños bultos de apóstoles, de mármol blanco; todo ello bastante correcto de líneas y de ejecucion parsimoniosa, pero de valer exiguo.

El templo consta de una sola y despejada nave, ancha de setenta y seis palmos, larga de doscientos ochenta y seis, sin incluir las capillas que tienen dos tercios del mismo ancho y el doble de elevacion, comunicándose entre sí á manera de naves laterales. A media altura, sostenida de pilastras corintias, una faja ó cornisa marca la línea divisoria de las capillas altas, que son seis por ambos lados, como las bajas. Sobre dos de estas se estiende el coro, restablecido modernamente con una sillería uniforme, y en el intermedio de la quinta y sexta, una sólida verja de hierro, que segun en ella se lee es debida á la pia munificencia del rey Fernando VII, segrega la nave del presbiterio ó mejor crucero, constituyéndole un recinto reservado. La bóveda es redonda, no muy graciosa ni ligera: en cambio ofrece buena vista el ábside ochavado, con aristones que parten de una clave comun, por estilo de las fábricas ojivales. En el paño frontero, sin altar, vése dentro de un reducido camarín, colocada sobre mezquina tarima, la imagen venerada por tantos siglos, la milagrosa Virgen, que no ha dudado sobrevivir á su antigua grandeza, para llegar aislada y pobre á nuestra época de miseria.

bóvedas vestidas completamente de oro en lugar del frio enalado que ahora las cubre (1); esas capillas, cerradas de alto á bajo por unas grandes rejas de madera,

(1) Bajo los auspicios de S. M., llevose no hace mucho á cabo una suscripcion para restaurar el Santuario, lo cual ha empezado á realizarse, dirigiendo los trabajos una comision facultativa. Segun el plan adoptado, «la iglesia, actualmente desprovista de carácter, y falta

y cinco gruesos rubies, sin contar un donoso navio de lo mismo colocado en su cima, que regaló á la Virgen en 1553 la emperatriz doña Isabel: ¡qué mucho se exaltara la fantasia y rebosara el corazon de los fieles, cuando subsistiendo pura la fe de nuestros mayores venian peregrinando de todo el orbe á humillarse ante la Perla de Cataluña, que no cesaba de obrar maravillas en su fa-



Siempre es tener amantes necesario,
mas al llegar la Pascua, sobre todo,
porque llenan el alma... y el almario.

de unidad de pensamiento; debe restaurarse tomando por tipo las bóvedas y aristones de su grandiosa nave, y rasgándose de nuevo el lucernario central aumentar en cuanto sea dable la luz en la parte superior disminuyendo la de la parte baja. Debe tambien darse mas importancia al retablo mayor y al camarín que actualmente se presenta mezquino, correrse la verja del centro de la iglesia hasta debajo del coro, armozándola con la nueva obra, y no olvidar el revestimiento policromo ni las pintadas vidrieras que comunicarán al templo mayor religiosidad y recogimiento.»

vor, porque nunca las gracias divinas dejan de derramarse sobre los hombres sencillos que profesan verdadera mansedumbre y humildad!

Aun ahora mismo, el alma atribulada, puede sentir hondas y saludables emociones ante la Virgen de las montañas.—Por resultas de la variedad de organismos y de la complicacion de situaciones en la vida, hay gentes que

llegó un de les ror dig to a ter en me noc bifi por una ser...
pec leza gra aqu no feo baj nas plo cuá teri alg chu mo de...
alb ven tod dor ya em me son alte lar rec lo, dac nea má per refl un- bri par lo y ran da. ins alu á s en cion age en mu efu bri san con pú arp cia S tan ron de gar gen céle Aba Lon de son par Mo ora ea mo llos otr rec Mo con no que me mis «H Ital hal all los pu con

llegan sin saber cómo, á un bochornoso extremo de obcecacion, la cual les induce á groseros errores, en mengua de su dignidad y en detrimento de sus verdaderos intereses: á esas gentes y en tal situacion, que merecelástima por reconocer un principio morbífico, les aconsejamos por via de higiene moral una expedicion á Monserrat.

Cuando ya de sí el aspecto de aquella naturaleza virgen, de aquella grandeza inmoble, de aquella soledad serena, no alcancen á borrar el feo rastro de nuestras bajezas, salvemos las ruinas que circuyen el templo, parlante ejemplo de cuán efímero es todo lo terreno, y situados en algun rincón de la anchurosa nave, abandonémonos á las impresiones de momento y de lugar.

Ora asomen rosados albores al través de los ventanales, ora brille con toda su fuerza el esplendoroso sol de Mediodía; ya la niebla estienda su empañado velo, ó la tormenta hacine sus capas sombrías, esa movilidad alternada produce singulares contrastes en aquel recinto siempre tranquilo, suave como su santidad, severo como sus líneas, grave como sus mármoles, en cuya superficie resbalan todos los reflejos para hundirse en un fondo indeciso donde brilla solo tal cual lámpara, suspensa entre cielo y tierra como la esperanza en mitad de la vida. El espíritu dominado insensiblemente por esta alucinacion que le atrae á su vaguedad, obedece en breve á otras sensaciones que emanan de agentes locales, en luz, en ambiente, en murmullos y aromas; sutiles efluvios de exquisita embriaguez, dulcísimo bálsamo de consuelo incomparable; acentos de amor que hieren el alma, cual púdico beso de celeste virgen ó cual santo preludeo del arpa de los serafines, arrebatándolos en vago anhelar hácia una region de beatitud inefable.

Son allí tan vivas estas impresiones, que no solo afectan á los hombres vulgares y livianos, sino aun á los varones mas santos y enaltecidos. Carlos V no cansándose de estar en Monserrat, repetia siempre: hay en estos lugares un no sé qué de celestial, que á pesar mio me enajena y transforma. Fray Antonio de Guevara, uno de sus célebres cronistas, decia asimismo escribiendo al padre Abad: «Acuérdome haber estado en Nuestra Señora de Loreto, de Guadalupe, de la Peña de Francia, de la Hoz de Segovia y de Valvanera, las cuales casas y santuarios son todas de mucha devocion, oracion y admiracion; mas para mi contento y mi condicion, á Nuestra Señora de Monserrat hallo ser edificio de admiracion, templo de oracion y casa de devocion. Dígoos de verdad, que nunca me ví entre aquellos riscos ásperos, entre aquellos montes altos, entre aquellos cerros bravos y entre aquellos bosques espesos, que no me propusiese en mí de ser otro, que no me pesase del tiempo pasado y que no aborreciese la libertad y amase la soledad. Nunca pasé por Monserrat que luego no estuviese contrito, que no me confesase despacio, que no celebrase con lágrimas, que no velase allí una noche que no diese algo á los pobres, que no tomase candelas benditas, y sobre todo que no me cansase de suspirar y propusiese de enmendar.»—Lo mismo dice el sabio Benter en su Crónica valenciana: «Habiendo yo visitado muchos lugares de devocion en Italia, Francia y casi todos los de España, ninguno ha hallado que tanta devocion traiga á los ánimos de los que allí se hallan, como este de Monserrat, y séanme testigos los que lo hubieren visto como yo. Es cosa que no se puede decir ni poner por escrito lo que sienten en sus corazones y almas los devotos que este lugar visitan.»

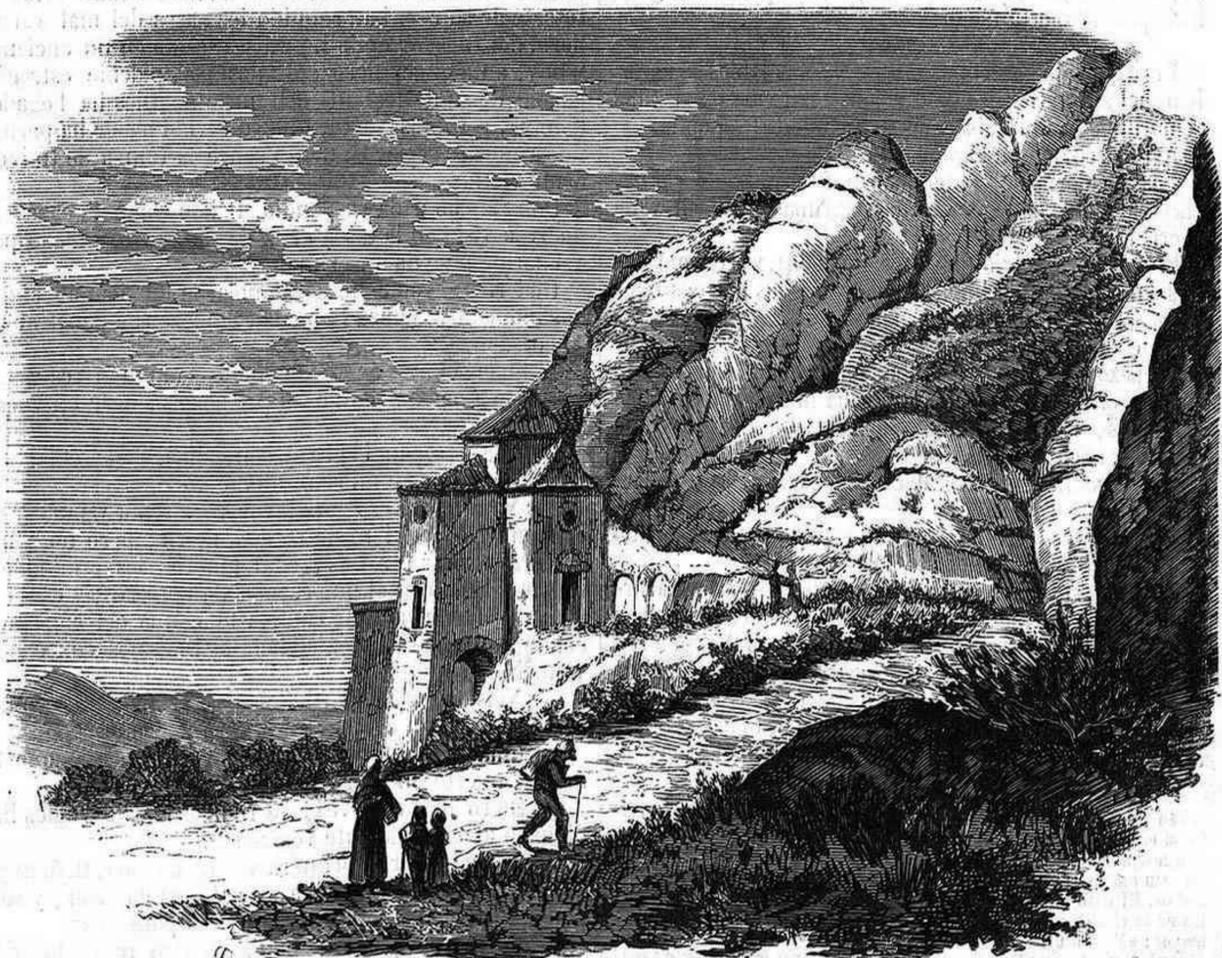


MONSERRAT.—PORTADA DE LA IGLESIA MODERNA.

Muy gastado en efecto debe de hallarse quien resista al milagro de la gracia en presencia de la imagen de Nuestra Señora. Apenas asoma el día, comienza en sus altares el sagrado ministerio: brillan las luces por todas partes; los incensarios exhalan sus perfumes; el órgano derrama sus armonías; los monacillos con voces argentinas, y los religiosos con pausado canto, elevan místicas trovas á la que impera sobre el universo. La multitud de fieles á su vez, acudiendo en solícito tropel, formulan de corazón y de labio ardorosas salutationes; y como si todos los objetos animados ó inanimados concurrieran á prestar un colectivo homenaje, las aves elevan sus trinos, el monte envía sus ecos, el bosque sus mansos susurros, y hasta la brisa zumbando ligeramente, parece armonizar esos varios sonidos para fundirlos en una sola y melodiosa plegaria que lleva al través de los espacios hasta el trono del Hacedor.

¡Quién en tan solemnes momentos dejará de hincar la rodilla, y poseído de honda enajenacion no unirá su voz á las demás voces, para repetir con los sacerdotes, con los niños, con las doncellas, con los ancianos.—¡Salve Reina y Señora, Virgen sin mancha, estrella de la mañana! Tú eres la gloria de Israel, el honor de nuestro pueblo. ¡Oh virgen prudentísima, oh madre piadosísima, oh María siempre dulce, ruega por los que vegetamos desterrados en este valle de amargura y tribulacion!

J. PUIGGARI.



MONSERRAT.—ERMITA DE LA CUEVA DONDE FUE HALLADA LA VIRGEN.

SI LA HICISTEIS EN PAJARES,
PAGAREISLA EN CAMPOMANES (1).

(TRADICION ASTURIANA.)

Cercada de añosos troncos y basálticas rocas, abría-se por los años de 1035, en lo mas espeso del monte de Pajares, una escondida gruta, delante de la cual precipitábase en bullidores tumbos cristalino arroyo, blandamente meciendo las perfumadas violetas de su orilla. Rosales silvestres habian trepado por las paredes de la gruta, y enlazándose con los revueltos tallos de las azules campanulas, cubrian su entrada con velo encantador de flores y de hojas, tejido en admirable armonía por la mano de la naturaleza. Nunca el feroz jabalí de la montaña reposó en la escondida cueva, ni el oso de tardo paso la buscó para asilo de sus hijos. Unicamente por entre las hojas del rosal silvestre penetraban los pardos ruiseñores ó las blancas tórtolas, dejando oír dentro de aquel ignorado hueco su tristísimo arrullo, mezclándose con los dulces trinos del amante cantor de los bosques.

Era una hermosa mañana del mes de octubre. El dulce murmurio del agua, el arrullo de la tórtola ó la amorosa endecha del ruiseñor turbaban solo el slemne reposo de aquella encantadora soledad, cuando de pronto las aves huyeron espantadas al escuchar el acompasado galope de un caballo, que rompiendo impetuoso la maleza avanzaba en direccion de la silvestre gruta. A poco apareció un apuesto cazador ginele en un magnífico alazan, que saltando de entre la espesura hasta la orilla del arroyo, enturbió con el ferrado casco la cristalina corriente. Refrenóle en aquel punto el caballero, no encontrando delante de sí mas que el peñon tajado donde se abría la gruta; y volviéndose á dos peones que algo retrasados le seguian, vestidos con toscos sayos de leñadores, les dijo con indignado acento.

—En verdad, parece que os habeis queri'o burlar de mi confianza. ¿Dónde está el jabalí que me ofrecisteis hallaria tras esos abetos?

—Señor,—contestó uno de ellos disimulando su profunda emociion,—no os hemos engañado, y en breve comprendereis el motivo porque os guiamos á este paraje.

—Pues muy cerca ha de estar la fiera, y extraño no se haya levantado con el ruido que hemos hecho.

—No tengais miedo, señor rey, que desgraciadamente lo que vos debeis encontrar en este sitio, no puede abandonar su retiro.

—¿Quién eres? ¿Qué estás diciendo? ¿Qué misterio ocultan tus palabras?

—Yo... soy un pobre leñador de las montañas de Pajares. En cuanto al misterio que creéis encontrar en mis palabras, solo existe en vuestra imaginacion. Penetrad, señor, en esa cueva, y lo comprendereis todo.

—¿Ira de Dios! Pues vamos á verlo.

Y apeándose del caballo, cuya brida tomó el otro leñador, se lanzó á la gruta, rompió con implacable enojo las tiernas enredaderas que cubrian su entrada, y á precipitarse iba en el interior de la cueva cuando de pronto, sintiendo vacilar sus rodillas, cayó postrado de hinojos, destocándose la cabeza de la gorra de piel de gamuza con que la cubria.

En el centro de la silvestre gruta, sobre una tosca losa, alzábase una cruz de piedra, á cuyo pié se leia grabado por inesperta mano:

ADOSINDA.

El cazador la contemplaba atónito. Sus labios se agitaban cual si repitieran una oracion, y la livida palidez del remordimiento pintábase en su espantada fisonomía.

Así trascurrieron algunos segundos.

Los leñadores le contemplaban con horrible calma, vacilando en sus ojos algunas lágrimas, que en vano querian detener.

El caballero volvió temeroso la cabeza, y al encontrarse su mirada con la implacable de aquellos dos desconocidos, el presentimiento de su fatal destino le hizo volver de su estupor.

Empezó á levantarse lentamente; cuando de pronto sintió caer sobre su cuello la pesada mano de uno de los leñadores, que obligándole á postrarse de nuevo, le gritó con acento terrible.

—¡De rodillas el miserable! ¡De rodillas el mal caballero!

—¡Asesinos! gritó el cazador,—¡me habeis engañado traídoramente!

—Hemos seguido vuestro mismo camino.—Pero acortemos palabras, puesto que nos hemos conocido, y teneis comprendida vuestra suerte. Don Sancho el Mayor, rey de Navarra, de los montes Pirineos y de Tolosa, señor de Castilla y emperador de España (2): os dirigi is á Oviedo para venerar las reliquias de la cámara santa y abrazar á vuestro pariente el obispo don Poncio; pero no

pensásteis que quien crímenes siembra recoge castigos. En llegando al castillo de Pajares, quisisteis solazaros con la honesta diversion de la caza, y dejásteis el camino para internaros en las malezas. O poca memoria teneis, ó muy malvado sois, cuando habeis logrado acallar los remordimientos. Pero si la memoria os es infiel, oíd, don Sancho una historia, que habeis de terminar vos mismo.

A nombre de Alfonso V el Noble, gobernaba la antigua fortaleza de Tudela el conde Fruela Ramirez, guerrero encanecido en cien combates. Luengo tiempo era pasado desde perdiera su esposa, y le restaban por únicas prendas de su enlace dos hijos, Roderico Frolaz, tipo de valor y virtudes caballerescas, y Adosinda, bella cual la rosa recién nacida, y dulce y cariñosa cual la paloma que se cobijaba en las pardas almenas del castillo. Desde sus primeros dias fue prometida á su pariente García de Valdés, doncel de preclaro linaje y muy amado del conde Fruela por su destreza y valor en la guerra y en la caza; pero Adosinda (y bien lo conocia el desamado Valdés) educada con él desde la infancia, no podía entregarle su corazón, por mas que le quisiera con tierno afecto de hermana. El mancebo sufría en silencio, porque la adoraba con delirio, pero nunca hubiera ligado la suerte de la doncella con su destino, conociendo su verdadera posicion. La desgracia en tanto se ensañaba con terrible crueldad en la familia del infortunado Fruela. Sus ganados, que pacian en los valles de Omaña y Babia, fueron robados por los feroces soldados de Almanzor; sus caseríos reducidos á cenizas; y multitud de sus esclavos y vasallos llevados á Córdoba, en cuyas mazmorras gemian tambien Roderico Frolaz y García Valdés, sin lograr romper sus cadenas por mas que se ofreciera al califa un riquísimo rescate. Adosinda era el único tesoro de su anciano padre, que la amaba mas que á su existencia, y se miraba en sus ojos como en el espejo de su alma.—Una tarde, y óyeme bien, afortunado cazador, volvía el triste conde de larga batida, acompañado de un mancebo desconocido, que viendo á don Fruela mal parado en sostenida lucha con un oso se habia lanzado á él, y dando muerte á la fiera le salvó la existencia.—Apuesto era el mancebo, la niña joven, y virgen de las dulces emociones del amor. Estraño movimiento sintió en su pecho á la vista del caballero, y el carmin del pudor que presiente la enemiga llama de los amores, pintó sus delicadas rosas en sus mejillas. El conde dió confiado hospedaje al extranjero: le colmó de alabanzas y de agasajos, y despues de largos dias, en los cuales ocupó al lado del anciano el lugar de su hijo cautivo, despidióle cariñosamente al retirarse á su lecho, cambiando con él su espada en señal de amistad eterna.—Pero el mal nacido mancebo ocultaba corazón de falso tigre bajo apariencia de noble leon. Robó al anciano su flor querida. La deslumbró con su amor, y la torpe oruga de los pantanos manchó la pura violeta de los valles. ¿Me ois bien, don Sancho? ¿Me ois bien? gritaba el narrador, trémulo de pena y de enojo. ¿No habeis adivinado todavia el resto de la triste historia? Pues bien, escuchale, y quiera Dios que cada una de mis palabras caiga sobre tu corazón como plomo derretido. El pobre padre corrió toda la tierra y murió desesperado maldiciendo á su hija. El infame raptor abandonó á su víctima, que retirada en un espeso bosque, espío con una vida de penitencia su pasada culpa, hasta que Dios la recibió en su seno. Roderico Frolaz y el desgraciado amante García de Valdés, libre al fin del cautiverio por rescate de su rey, han seguido los pasos del mal caballero, del robador de la honra y asesino de un anciano; y hoy, ante el sepulcro de Adosinda, pídenle estrecha cuenta de su deslealtad. El juicio de Dios ha llegado: tiembla, rey de Navarra, que su divino poder ha permitido vengas á espiar tu delito sobre la tumba de tu inocente víctima.

Don Sancho nada respondió. Pálido como un cadáver, fijaba la vista en la tosca cruz de piedra, abrumado por el enorme peso de su crimen.

Roderico y Valdés le contemplaron en silencio algunos momentos. Quizá la piedad empezaba á penetrar en su corazón.

Al fin el primero acercóse al abismado monarca y

—Don Sancho—le dijo—¿qué podeis alegar en vuestra defensa?

—Nada—respondió el rey con calma.—Soy culpable, y hasta me lo dice mi remordimiento.

—¿Y basta con eso para lavar tu afrenta y purgar tu crimen? No; aquí mismo vas á morir; pero no como debieras acabar tus dias, cual mueren los criminales, sino luchando con el que escojas de nosotros; y esta espada que fue tuya, que cambiaste con la del engañado conde, terminará tu existencia si Dios nos concede la victoria.

—¡Vais á asesinarme! Sois dos, y mientras yo me bato con uno me acometerá el otro por la espalda.

—¡Infame! tan infuico pensamiento merece que te demos muerte sin el honor del combate.

—¡De rodillas otra vez, de rodillas! gritó Valdés indignado al oír semejante respuesta.

Don Sancho por la primera vez de su vida, tuvo miedo. La voz de su conciencia asustó á su corazón, y solo pudo gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Navarros, que asesinan á vuestro rey!—tocando en seguida en son de alarma su corneta de caza.

—¡Ah, miserable!—esclamaron los dos disfrazados caballeros: te creimos malvado, pero no cobarde.

Don Sancho entre tanto seguia tocando con precipitada alarma su vígaro. En breve se oyó el galope de los caballeros, atraídos por la señal de su jefe.

—No te has de librar de nuestra justa saña,—gritó Roderico levantando su espada para herir.

—¡Atrás, asesino!—esclamó el rey, á tiempo que penetraban sus ballesteros por entre los espesos matorrales; y antes de que pudieran evitarlo Roderico, vióse rodeado y sujeto por los servidores de don Sancho.

Valdés escapó entre la maleza, siendo vanos cuantos esfuerzos se hicieron para buscarle. Roderico sufrió todo el peso de la rabia de sus perseguidores, y aunque intentó defenderse, en breve quedó destrozado por sus irritados enemigos, que solo veian en él un asesino de su señor.

Poco despues don Sancho volvió á tomar el camino de Oviedo.

Triste y avergonzado marchaba en silencio seguido de sus fieles caballeros, cuando al llegar cerca de los bosques de Campomanes, silbadora saeta, saliendo de entre la espesura, vino á clavarse en su atribulado corazón.

Cayó el monarca al suelo, exhalando su último aliento en un gemido, y sus guerreros, sin encontrar al desconocido matador, entregaron el pueblo de Campomanes á las llamas. Pero cuando mas alto se elevaba el incendio, á su rojizo resplandor vióse sobre una elevada roca á García de Valdés, que agitando el arco de la ballesta, gritaba con esforzada voz al tiempo de perderse entre las breñas:

—¡Si la hicisteis en Pajares; pagareisla en Campomanes!

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

BIBLIOGRAFIA CHINA.

¿A qué viene, preguntarán nuestros lectores, hablarnos de libros chinos? ¿Qué tiene que ver la literatura del Celeste Imperio con el objeto de la presente publicación?

Ciertamente que un artículo sobre publicaciones chinas no hacia falta, pero teniamos que darle sobre cualquier otro asunto, y preferimos ocuparnos de cosas que estén en moda para obtener la nota de acertados y galantes con nuestros lectores. La China ocupa hoy la atención del mundo entero. La España acaba de combatir con pueblos asiáticos, como son los de Cochinchina. La Francia y la Inglaterra penetran á viva fuerza en el país de la porcelana, y amenazan introducir la civilizacion de Europa entre aquellas antiquísimas sociedades. ¿Sucedirá lo contrario? ¿Serán los chinos los que saliendo del recinto de su inmensa muralla vendrán á imponernos sus costumbres? ¿Comeremos con palillos de marfil y cambiaremos nuestras casas por torres de siete pisos? ¿Relegaremos al olvido los coches y nos llevarán en *chian-tzu* ó sillas de mano?

Por si esto sucediese, hallándose espuesta la humanidad á grandes cataclismos, prudente será conocer los antecedentes y las costumbres de los adoradores de Confucio, de Tau y de Budda. Ofrecemos, pues, á nuestros lectores el conocimiento de una pequeña, pero escogida biblioteca china, que podrán adquirir encargando la compra de los siguientes volúmenes en Canton, en Hong-Kong, ó mejor en las ciudades interiores del Celeste Imperio. Nosotros podemos añadir, entre tanto, que hemos visto ejemplares de todos en Madrid, por haber tenido la amabilidad de enviarlos á Europa, como muestra, un misionero que vivió muchos años en tan peregrinos países, y segun sus noticias, es de lo mejor que han producido las imprentas chinas. Hélos aquí:

XU KING: libro de gobierno. Este es el título que el emperador reinante á últimos del siglo pasado dió á esta obra en una version tártara que fue hecha por sus órdenes. Hállanse en ella excelentes principios de administracion y de gobierno, máximas y preceptos de la mas sana moral, leyes y reglamentos que prueban la sabiduría y las virtudes de los primeros fundadores del Imperio Chino. Es de todos modos el mas antiguo y mas precioso monumento que nos ha trasmitido algunos conocimientos acerca del origen é infancia de aquel imperio.

CHUN-TSIEU. Anales del reino de Lu, obra compuesta por Confucio (*Khoun-fou-tseu*). El reino de Lu era una de las diez y siete provincias de la China conocida con el nombre de *Xan-tong*, en la que nació aquel filósofo.

XI-KING. Coleccion de canciones, odas y cánticos, redactada y publicada por Confucio.

LI-KI. Memorial de las ceremonias. Este libro interese á todas las clases de los ciudadanos. El príncipe y los súbditos, el noble y los plebeyos, todos encuentran las reglas y los deberes que deben observarse en las funciones de la vida mas comunes y mas importantes, como son los sacrificios, los casamientos, los entierros, los lutos, el gobierno doméstico, las visitas, las comidas, las conversaciones, etc. El detalle en que entra este libro es tan minucioso que hasta llega á dar reglas sobre la manera de mirar y llevar al cuerpo. Bien puede decirse que por la observacion escrupulosa de estas costumbres ó deberes, mas bien que por las leyes, es como la China

(1) Fernan Nuñez, *Proverbios castellanos*.—Con este mismo título ha escrito el señor Cannedo otra tradicion que tiene de comun con la nuestra, como no puede menos, lo principal del argumento pero que sin embargo es enteramente distinta en la narracion y en los episodios. El dato histórico en que la tradicion se apoya solo se encuentra en la *Crónica general*, donde se dice hablando de don Sancho el mayor: «Mató un peon en tierra de Asturias.» Los demás historiadores ignorando este hecho, solo dicen que murió *in senectute bona*.

(2) Así se titulaba este rey.

se ha mantenido durante tantos siglos en el estado en que se encuentra.

Y-KING. Libro de las suertes, de los cambios y de las combinaciones. Este libro es el mas antiguo y el primer libro clásico de los chinos. Fu-hi, fundador de la monarquía china pasa por su autor. Como le compuso antes de la invención de las letras chinas, recurrió á ocho líneas rectas por medio de las cuales, segun estuviesen enteras ó truncadas, ó combinadas entre sí, esplicaba todas sus ideas. Los comentarios que sobre este libro misterioso y enigmático se han hecho, formarían una vasta biblioteca.

SAN-KUE-CHI. Historia de los tres reinos, esto es de los disturbios que han dividido la China bajo la dinastía de los han. Es una novela de las mas curiosas é interesantes que reúne la verdad histórica, y es el libro chino mas á propósito para dar á conocer á la Europa el genio, el carácter y las costumbres de la nacion china.

KANG-HI TSE-TIEN, es un diccionario que fue formado por orden del emperador *Kang-hi*, de quien lleva el nombre. Es el mas amplio y exacto de todos los diccionarios del Celeste Imperio, y se considera en China del mismo modo que se consideran en España el Diccionario de la Academia de la Lengua, en Francia el de Trevoux y en Italia el de la Crusca.

TONG-KIEN-LAN-YAO. Compendio cronológico de la historia universal del Imperio Chino. Este compendio se divide en tres partes. La primera trata de los tiempos fabulosos desde *Pan-ku*, que es el Adán de la China, hasta *Fou-hi*, fundador de la monarquía. La segunda trata de los tiempos oscuros é inciertos desde *Fou-hi* hasta *Hoang-Ti*, legislador de la nacion. La tercera abraza los tiempos históricos desde *Hoang-Ti* hasta *Xun Chi*, primer emperador de la dinastía reinante en el siglo XVII, es decir, desde el año 2576 antes de J.-C. hasta el año 1644 de la era cristiana.

Chui-hu. Novela satírica en donde se esponen con mucha gracia y malignidad las picardías, las malversaciones é injusticias de los mandarines.

SEE-XU, son los cuatro primeros libros clásicos que se principian á enseñar á los niños en todas las escuelas de la China. Forman una autoridad irrefragable entre los chinos y cualquiera que desee ser admitido en el número de los letrados, debe entenderlos y saberlos de memoria rápidamente. Estos cuatro libros son: *Ja-hio*, ó grande ciencia; *Jchong-yong* ó justo medio, *Lun-yu*, ó libro de sentencias; *Meng-tse*, ó doctrina de Meng-tse, discípulo de Confucio.

No podrán, pues, quejarse de nosotros los lectores. Les ofrecemos vastos conocimientos en literatura y poesía, en historia, en filosofía y otros ramos del saber chino. Si aquel imperio queda enteramente abierto á las relaciones europeas; si se organizan viajes de placer á las provincias chinas, y vienen á devolvemos las visitas los obesos mandarines y sus diminutas mujeres, nos bastará calzar los *shue-tz* ó botas de seda negra, cubrirnos la cabeza con el *mao-tz* ó sombrero, para que nos transformemos en chinos si poseemos bien su idioma, lo cual, por ahora, es empresa muy difícil.

FLORENCIO JANER.

LOS DOS ENTIERROS.

I.

—Señorito, señorito.
—Hun.
—¡Señorito!
—¿Qué se te ofrece?
—Ahí está la lavandera, y dice que quiere hablar con usted.
—¿Qué hora es?
—Las ocho.
—Pues dile que vuelva mas tarde.
Como el lector habrá comprendido, un criado se atrevía á despertar á un hombre que estaba durmiendo, porque su lavandera queria hablarle.
Ahora bien, el que dormía era yo.
El criado estaba usufructuado por mí, y digo usufructuado, porque la propiedad era de mi patrona.
La lavandera era de mi propiedad, aunque no exclusiva.
Despues de dar la última orden con ademan olímpico, acurruguéme en el lecho y preparéme á dormir.
Ya lo habia conseguido, cuando el criado volvió á entrar diciendo.
—Señorito, la lavandera se empeña en ver á usted.
—¡Diantre! No te he dicho...
—¡Si llora como una Magdalena!
Mi furor se aplacó El criado habia encontrado la única fórmula capaz de decidirme á no dormir.
Dí, pues, orden para que entrase la lavandera, cogiendo mientras un papel que habia sobre la mesa de noche, en el cual leí.
La señorita doña Fulana de tal, ha fallecido etc. etc.
Aun miraba entristecido aquel papel, cuando vino á herir mis oídos un «buenos días» exhalado entre sollozos. Alcé la cabeza y ví destacarse en la puerta el tostado rostro de mi lavandera, medio oculto por el delantal con que se secaba los ojos.
—¿Qué es eso Juana? pregunté.

—¡Ay! ¡señorito, contestó, mi pariente se ha muerto hoy, y no tengo con qué enterrarlo!

Aquellos dos dolores exhalados á boca de jarro, si se me permite la frase, cerraron mis labios y angustiaron mi corazón.

—No se apure usted, Juana, exclamé despues de un instante, é incorporándome en la cama, cogí el chaleco.

Omnia mea in chalcum porto. Partiendo de este axioma, escudriñé los bolsillos y le dí lo que tenia, no sin pensar que si yo me moria despues, tampoco habria con qué me enterrasen.

¡Morir, no tener!

Y hé aquí dos ideas hermanas, que la sociedad ha hecho completamente contrarias. La idea de morir y no tener con que se me enterrase, me causó escalofríos. Pensé en que me llevarían como un perro, segun la frase gráfica vulgar, pensé en que no podria pagar la cruz, ni pagar los sacerdotes, ni pagar nada, verbo que creia suprimido en el diccionario de la muerte.

Juana tomó llorando las monedas y salió gritando entre sollozos: ¡qué bueno es! ¡qué bueno es!

Y yo lo oí, lector, y me lo creí. No me hubiera alabado delante de nadie; pero mi alma, semejante á un peridótico ministerial, se entonaba á sí misma un monólogo de alabanzas.

Despues de almorzar, volví á leer la papeleta, cuya lectura terminé cuando entró Juana.

Una niña angelical y esperanza de su rica familia habia muerto á los diez y seis años.

En mis oídos resonaba aun el epíteto de bueno que me prodigara mi alligida lavandera, y queriendo justificarlo creí de mi deber ir á consolar el dolor.

Vestíme, pues, de riguroso luto y con el alma llena de felicidad aprestéme á endulzar la desgracia.

El hombre feliz es el mejor amigo de los desgraciados.

II.

Como íntimo amigo, la doncella, al entrar en la casa donde la muerte habitaba aquel dia, me condujo á la habitacion mas apartada, y al entrar en ella, un cuadro desgarrador se presentó á mis ojos.

Mudo el padre como una estatua de piedra, no dió la menor muestra de haberme visto, á pesar de haber clavado la vista en mí.

La madre, sin atender á las palabras de consuelo que le dirigian sus amigas, lloraba fija la vista en el suelo.

De cuando en cuando interrumpia su silencio para recordar desesperada las últimas palabras de la enferma, los puros goces que la muerte habia venido á terminar y la soledad y abandono que la falta de su hija la inspiraba.

De pronto, dirigiéndose á su hermano, dijo.
—Quiero que no falte nada en el entierro, que la pobre tenga todo, todo... y no pudo proseguir.

Te aseguro lector, que al presenciar aquel dolor tan grande y aquellos últimos deseos, no pude menos de recordar la angustia que sufriria mi pobre lavandera al arrojarle á la calle á las siete de la mañana con el fin de pedir una limosna para que su marido llevase *caja propia*.

Aquel todo que con tan dolorosa sencillez ordenaba la opulencia, me recordó el *nada* con que tenia que luchar la miseria.

Despues de largo rato de prodigar consuelos en vano, me avisaron al oído que *se la iban á llevar* y sin despedirme bajé á la calle.

Un carro fúnebre aguardaba su depósito.
Numerosos sacerdotes con cruz de *primera clase* aguardaban la salida del cadáver para entonar los lúgubres responsos que habian de pesar en la balanza de la justicia divina.

Multitud de convidados hablaban en corrillos.
—Buena proporcion se ha perdido Luis, decia un pollo almirado que no dejaba de halagarse el pelo como si estuviera ó fuera á ir á un baile; solo esta ocurrencia se la hubiera hecho perder porque la tenia *bien trabajada*.

—Pues no era oro todo lo que relucia, porque la niña le hacia cocos al condesito de...
—Y el *bouquet* que llevó al baile de la de Montijo, se lo dió en seguida á Fulano...

—No tengan ustedes cuidado, que la niña no era tonta...
No quise oír mas y me acerqué á otro corrillo, en donde relucian canas.

—¿Y quién heredará el capital ahora?
—¡Toma! los sobrinos y...

—Buena tutoría se ha perdido usted, don Francisco, porque la perlesía de don Antonio no duraba un mes.

—¡Quia! Señores, la tutoría es lo que menos me importa. Pobrecita Julia. Eso es lo que yo siento, don Juan.

—¡Ay! que me ha pisado usted un callo, exclamó uno que estaba junto al llamado don Juan.

No queriendo corrillos cerca de mí, me puse junto á la cruz de primera clase y allí sin que yo me atreva á asegurarlo, escuché lo siguiente.

—¡Ay! hermano, pocos difuntos semejantes á este se encuentran hoy.

—Cuidado que es lujoso el entierro. Todas la parroquias de Madrid están reunidas. La limosna es de á diez

reales. Para casi todos los entierros piden la cruz de tercera.

—¡*De profundis!* cantó un venerable sacerdote que habia junto á mí, al mismo tiempo que advertí cierto movimiento.

Era que el cadáver habia sido colocado en el carro, el cual se ponía en marcha.

Miré el reloj y ví que eran las tres.

Mi lavandera me aguardaba.

—Vamos á otro entierro, dije con ademan despreciativo, viendo pasar por delante de mí tantas luces, tanta gente y tanto coche, sin que la amistad hubiese hecho verter una lágrima ni el oro fundido comprar un dolor.

III.

¿Vive aquí doña Juana Lopez?

Tal pregunta hacia yo á las tres y media á unas pobres gentes que se encontraban sentadas en el portal de una casa de mezquina apariencia, situada en una de las calles inmediatas á la plazuela de la Cebada.

¿Es usted don Ramon? me preguntaron y al ver que era afirmativa mi respuesta, los hombres se quitaron los sombreros, las mujeres me abrieron camino, mirándome admiradas, y las dos niñas, agarrándome por la mano, empezaron á tirar de mí, gritando:

—¡Señá Juana! ¡Aquí está on Ramon, el señorito bueno, el que le paga la caja al señó José.

Al ver mi popularidad y el afecto con que se me recibía, una idea política atravesó mi mente.

Presentarme diputado por aquel distrito en las primeras elecciones.

Pero Dios castigó mi ambición recordándome que no tenia rentas, cosa que yo hubiera salvado con un destino imposible de vencer, que mis *devoués* no tenían voto.

Mas dejémonos de política y vamos al grano.

Siempre conducido por las niñas, me encontré en un anchuroso patio con infinitas puertas. A las voces de las niñas, se presentó en el umbral de una de aquellas, la señá Juana, que al verme me dijo llena de vergüenza y de agradecimiento.

—¿Con que al fin se ha incomodado usted?

—Lo prometido es deuda. Entremos.

Traspasé el umbral y me encontré en una habitacion dividida en dos por una cortina de percal.

En la primera habia una cama con cuatro velas encendidas en los cuatro extremos, á las que servian de candeleros cuatro botellas.

Sobre la cama la caja...

Dí un paso atrás y una vecina comprendiendo mi accion, me dijo que la siguiese á su cuarto.

Hicelo, y á poco rato mi lavandera se despidió, despues de hablar con un hombre que traía unos zapatos.

Dispénsame lector todos estos detalles, que sin embargo, son necesarios para pintar el *lujoso* entierro de un pobre.

Al quedarme solo, y digo solo porque estaba absorto en mis pensamientos pensé en la visita mortuoria que habia precedido á aquella en que me hallaba.

La madre rica lloraba porque ya no tendria el objeto cariñoso en que emplear sus riquezas. La madre pobre lloraba porque en sus dias de escasez no tendria á su honrado marido para compartir sus penas. La madre rica lloraba entre amigos queridos, en el mas apartado rincón de su casa; la viuda pobre lloraba sola, y sus lágrimas caian sobre el cuerpo que amortajaba. La madre rica ordenaba que un lujo deslumbrador acompañase á su hija á la fosa y numerosas oraciones la acompañaran hasta el cielo. La viuda pobre despues de considerarse feliz con que su marido llevase *caja propia* se permitia el exceso de calzar unos zapatos nuevos al frio cadaver.

No pudiendo estar en aquel estrecho cuarto me salí al patio.

A la puerta del cuarto mortuorio, habia seis ó siete hombres de modesta chaqueta, parientes del difunto casi todos, y que perdian de trabajo y de jornal las horas que empleaban en acompañar á su última morada al que fue su amigo.

Todos estaban callados, si hablaban, lo hacian en voz baja y algunos de ellos tenían los ojos enrojecidos.

Allí el alegre y burlesco rumor de los corrillos no apagaba el ruido de las alas de la muerte, el resplandor de las luces no alumbraba rostros risueños. Al contrario la ausencia de ellas hacia mas sombrío el dolor de aquellas caras. No habia cruz de *primera clase*; pero al asomar la caja á hombros de cuatro mozos, todos los circunstantes se persignaron con magestad.

No escuché el triste de *profundis* entonado por cien voces. Pero vi los lábios de todos moverse murmurando una oracion que no tenia precio.

—Vamos dije y nos pusimos en marcha, oyendo en la habitacion mortuoria desgarradores gemidos.

—Vaya V. por la acera, me dijo un compañero de duelo, hermano de la viuda y en todo el largo trayecto que mediaba entre la casa y el cementerio, no se interrumpió el silencio hasta que el sepulturero nos dijo: «alto.»

Allí en una fosa profunda depositaron la caja. Junto á los nichos y alrededor de otra caja, una multitud de buen tono se agrupa alrededor de un sacerdote

MORITURI TE SALUTANT.



Doctor, ya que pelagra nuestra vida,
un recuerdo aceptad de despedida.



resplandeciente con sus vestiduras de seda y oro y que entonaba el responso por otro cadáver.

Casi al mismo tiempo en que el sacerdote derramaba sobre el frío cuerpo el agua bendita, mi compañero de duelo, agarrando un puñado de tierra lo arrojó sobre la caja exclamando.

—¡Era un hombre de bien y un buen amigo!

Una lágrima rodó por cada mejilla y antes de caer al suelo se evaporaron y su vapor subió al cielo envolviendo nuestra sencilla y muda oración para depositarla á los piés del Eterno.

Los sepultureros arrojaron tierra sobre aquella caja que aun habia de sufrir el peso de otras y se borró para siempre la memoria de aquel hombre honrado.

—Hemos acabado, dije y sin hablar palabra llegamos hasta la puerta de Toledo.

Allí quitándose mis compañeros los sombreros y apretando mis manos entre las suyas callosas y ásperas por el trabajo me dijeron derramando la última lágrima.

—Gracias, señorito, y mandar en lo que se ofrezca.

—Igualmente, señores, contesté y nos separamos sabe Dios hasta cuándo.

Hasta entonces no comprendí lo que era un entierro.

R. RODRIGUEZ Y CORREA.

MISCELANEAS.

Felipe III, en 6 de junio de 1618, pidió al Consejo le elevase una consulta acerca de los medios que podrian aplicarse para remediar los males de la nacion que se iba acabando por las muchas levas de gente que se hacen cada dia, y por la falta de hacienda que hay, y la imposibilidad que tienen los lugares de cumplir con lo que se les reparte.»

El Consejo contestó en su consulta al rey que «atento que la despoblacion y falta de gente es la mayor que se ha visto ni oido en estos reinos, despues que los progenitores de S. M. comenzaron á reinar en ellos, porque totalmente se va acabando y arruinando esta corona,» y que su causa nace de las demasiadas cargas y tributos impuestos á los vasallos, debia remediar los males moderando y reformando los tributos; economizando las mercedes, donaciones y ayudas de costa, revocando las inmoderadas é inoficiosas; haciendo salir de la corte diversas clases de personas agolpadas en ella inútilmente para repoblar otros lugares; privando los gastos excesivos en trajes y adornos extranjeros, comenzando por todo lo superfluo en la real casa; animando y alentando á los labradores, limitando los privilegios particulares; evitando las nuevas fundaciones de religiones y monasterios, y por último quitando los cien receptores que se crearon en la corte en 1613, pues de su cometido resultaban infinitos pleitos y daños.

Estos diversos puntos que como siete medios mas eficaces para la poblacion del reino, presentaba el Consejo

á S. M., hacen concluir la consulta diciendo que «dificultosos y casi imposibles parecerán á la primera vista, pero considerados atentamente, junto con el trabajoso estado á que ha llegado este reino, por su despoblacion, excesivos gastos, disminucion y empeño de las rentas reales, se juzgarán por menos dificultosos, como lo son en sí mismos.»

La consulta del Consejo dió lugar, como es sabido, al licenciado Pedro Fernandez Navarrete, para estender cincuenta discursos en que glosa las diversas cláusulas de aquella, valiéndose de las leyes de los emperadores y juriscultos, y las doctrinas de los filósofos. ¡A tal extremo habia llegado en aquel tiempo la decadencia de España!

Es curiosa la noticia que acerca de la época en que los reyes de España comenzaron á tener y llevar consigo escolta particular, nos da Pedro de Torres, canónigo de Calahorra y de Sigüenza, que vivia en tiempo de los Reyes Católicos. Hállase en sus *Apuntamientos originales* que se conservan en la Biblioteca Nacional, y dice así:

«Res nova.—Nota quando los Reis de España comenzaron á tomar guardia.

»Comenzó el rey don Fernando á tener en su guarda hombres de pié de ordenanza é infantería, á la manera de Suicia, donde en estos tiempos mejor se usaba la órden de pelear: los hombres á pié con sus espadas, é puñales é alabardas ó picas, en muriéndose la Reyna doña Isabel, que fue anno Domini 1504, die 26 novembris. E fue despues á Napoles, é venido de Napoles anno Domini 1507, en Julio, trajo consigo hombres armados de ordenanza, que continuamente estaban en Palacio é salian con el Rey á donde quiera que iba ciento cincuenta hombres á pié armados con puñales y espadas y alabardas en cuerpo, con sayos medio colorados y medio blancos, é cincuenta de caballo. Daba á cada peon 30 rs. por mes.

Tan debatidas han sido las cuestiones sobre el origen é invencion de la pintura, como sobre el origen y desarrollo de la escultura y de las proporciones de los miembros humanos. Diodoro de Sicilia cuenta que en el puente que se construyó en Babilonia, hizo pintar Semíramis muchas figuras coloreadas de diferentes animales. Los primeros pintores que se conocen de Grecia, fueron Polignoto y Micon, y si seguimos á Plinio, el arte de la pintura no empezó á tomar formas razonadas, hasta la nonagésima olimpiada, en el reinado de Alejandro. Entre los egipcios no hizo muchos progresos la pintura como se vé por sus mal dibujados geroglíficos y adornos de las momias y pirámides. Quintiliano asegura que Apolodoro y Ceusis entre los griegos, fueron los primeros que se atrevieron á

dar y distribuir las luces y sombras en sus dibujos. Sobre la procedencia entre la pintura y escultura, se ha disputado largamente, y entre las rimas de don Juan de Jáuregui, excelente poeta y no menos diestro pintor, se encuentra un diálogo poético en el cual despues de proponer diversas razones y argumentos por ambas partes, termina la Naturaleza la disputa dejando iguales á las dos nobles artes.

Quando Fernando Pizarro se presentó ante el indio Atabaliba, dice el capitán Gonzalo Fernandez de Oviedo en su *Historia general y natural de las Indias*, que «luego vinieron ante él mujeres hermosas, bien dispuestas, con vassos de oro medianos, de altor de un palmo, gruesos y el oro fino, en que traian chicha (ó vino) de mahiz: é cómo Atabaliba las vido, alzó los ojos á ellas, sin les decir palabra alguna, é fuéronse presto é volvieron con otros vassos de oro fino mas grandes, de altura de un cobdo é pessados, é con ellos les dieron á beber.» Despues de la prision de Atabaliba, al apoderarse de sus tesoros, dice el mismo Oviedo, que «en el oro é plata ovo piezas muy grandes, é cántaros, é ollas, é copones, é braseros, é otras diversidades de vasijas, é todas pesadas: lo cual todo dijo Atabaliba que era vajilla de su servicio ordinario, é otra mucha cantidad que dijo que sus indios que habian huido, llevaron.» De la ciudad del Cuzco, llevaron mas adelante al prisionero vasijas, cántaros y ollas de oro y plata, alguna de cuyas piezas pesaba dos y tres arrobas.—Seria sumamente curioso un libro que nos explicara el verdadero estado de las artes entre los primitivos pueblos de América.

J.



ANUNCIO IMPORTANTE.

El número premiado en la última extraccion de la lotería moderna ha sido el 20,563.

Por consiguiente al suscriptor que tenia este número ha correspondido el regalo del cuadro que ofrecimos.

Pero este suscriptor, que al mismo tiempo era colaborador nuestro, ha cedido su derecho á favor de los editores, y estos, deseando complacer á sus constantes suscritores, en cuanto les sea posible, vuelven á ofrecérselo mediante otra rifa.

Por tanto, el cuadro que representa la toma del campamento marroquí se rifará otra vez entre los suscritores á EL MUSEO UNIVERSAL por el año de 1861. La rifa tendrá efecto en el mes de abril próximo y creemos escusado advertir que no por eso pierde ningun suscriptor de 1861 el derecho á los regalos que hemos ofrecido. Los otros dos cuadros se rifarán mas adelante.

El de la batalla de Tetuan ha sido tasado en 10,000 reales: su grabado se publicará en uno de los próximos numeros, no habiendo salido antes por no estar aun concluido.

Creemos que nuestros suscritores verán en los esfuerzos que hacemos por complacerles el deseo de elevar á EL MUSEO á toda la altura posible entre las publicaciones ilustradas de Europa.

ADVERTENCIA.

Suplicamos á los señores suscritores de provincia que se sirvan renovar su suscripcion si no quieren experimentar retraso en el recibo del número 1.º de 1861.

A los de Madrid se les pasará el recibo á tiempo de repartirles el almanaque.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG,
EDITORES. MADRID: EL PRÍNCIPE, 4. 1860.